

RITO SIMPLIFICADO DE LAS EXEQUIAS

FORMULARIO I

1. Recibimiento del difunto en el atrio de la iglesia.

El ministro, junto a la puerta de la iglesia, saluda a los familiares del difunto con las siguientes palabras u otras parecidas:

Queridos familiares [y amigos]: La muerte de vuestro ser querido os hace experimentar, una vez más, hasta qué punto el hombre es pobre ante Dios. Pero vuestra esperanza cristiana no debe desfallecer ante esta muerte. Levantad al cielo vuestros ojos y esperad contra toda esperanza. El Señor arrancará de la muerte a vuestro ser querido y lo hará gozar en su reino.

A continuación se introduce el cadáver en la iglesia y se pone ante el altar, colocando, si es posible, junto a él el cirio pascual. Situados los familiares del difunto en sus lugares, el ministro saluda a la asamblea, diciendo:

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Luego, se dirige a los fieles reunidos en la iglesia con las siguientes palabras u otras parecidas:

Queridos hermanos: Aunque en este momento todos tenemos el deseo de expresar a nuestros amigos, los familiares de N., nuestra más sincera condolencia y nuestro afecto, lleno de compasión, como cristianos que somos, el sentido de esta celebración no puede limitarse a este hermoso gesto de convivencia humana. Nuestra presencia aquí, junto a los restos mortales de un amigo querido (una amiga querida), quiere ser también un acto de fe en la resurrección y en la victoria de Cristo, que, en favor de todos nosotros, ha vencido la muerte. Proclamar esta fe en la resurrección, ante el cuerpo, ahora sin vida, de nuestro hermano (nuestra hermana) [y celebrar en su presencia la Eucaristía, sacramento de la muerte y resurrección de Cristo], será también, por otra parte, el mejor gesto para mitigar la tristeza de nuestros amigos, con la esperanza de la resurrección. Que Dios nos conceda, pues, escuchar con fe firme su

palabra [y celebrar, con gran esperanza, la Eucaristía, memorial de la resurrección de su Hijo].

El que preside puede encender en este momento el cirio pascual, diciendo la siguiente fórmula:

Junto al cuerpo, ahora sin vida,
 de nuestro hermano (nuestra hermana) N.,
 encendemos, oh, Cristo Jesús, esta llama,
 símbolo de tu cuerpo glorioso y resucitado;
 que el resplandor de esta luz ilumine nuestras tinieblas
 y alumbre nuestro camino de esperanza,
 hasta que llegemos a ti, oh, Claridad eterna,
 que vives y reinas, inmortal y glorioso,
 por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Luego, se reza la siguiente letanía por el difunto:

Tú que libraste a tu pueblo de la esclavitud de Egipto:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú que abriste el mar Rojo ante los israelitas
 que caminaban hacia la libertad prometida:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú que diste a tu pueblo
 posesión de una tierra que manaba leche y miel:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú que quisiste que tu Hijo
 llevara a realidad la antigua Pascua de Israel:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú que, por la muerte de Jesús,
 iluminas las tinieblas de nuestra muerte:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú que, en la resurrección de Jesucristo,
has inaugurado la vida nueva de los que han muerto:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú que, en la ascensión de Jesucristo,
has querido que tu pueblo vislumbrara su entrada
en la tierra de promisión definitiva:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

En lugar de las letanías precedente, puede también leerse el salmo 113, en el que el pueblo puede ir intercalando la antífona Dichosos los que mueren en el Señor.

Ant. Dichosos los que mueren en el Señor.

Salmo 113, 1-8. 25-26

Cuando Israel salió de Egipto,
los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente,
Judá fue su santuario,
Israel fue su dominio.

El mar, al verlos, huyó,
el Jordán se echó atrás;
los montes saltaron como carneros;
las colinas, como corderos.

¿Qué te pasa, mar, que huyes,
y a ti, Jordán, que te echas atrás?
¿Y a vosotros, montes, que saltáis como carneros;
colinas, que saltáis como corderos?

En presencia del Señor se estremece la tierra,
en presencia del Dios de Jacob;
que transforma las peñas en estanques,
el pedernal en manantiales de agua.

Los muertos ya no alaban al Señor,
ni los que bajan al silencio.

Nosotros, sí, bendeciremos al Señor
ahora y por siempre.

Ant. Dichosos los que mueren en el Señor.

2. Misa exequial o Liturgia de la Palabra

Terminadas las letanías, o el salmo 113, y omitido el acto penitencial y el Señor, ten piedad, se dice la oración colecta:

Oremos.

Señor Dios,

ante quien viven los que están destinados a la muerte
y para quien nuestros cuerpos, al morir, no perecen,
sino que se transforman y adquieren una vida mejor,
te pedimos humildemente que acojas
el alma de tu siervo (sierva) **N.**

y la coloques junto a nuestro padre Abrahán, tu amigo,
para que pueda resucitar con gloria
en el día grande del juicio;

y, si en algo pecó contra ti durante esta vida,
que tu amor misericordioso
lo (la) purifique y lo (la) perdone.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

O bien:

Oremos.

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
humildemente te suplicamos por tu siervo (sierva) **N.**,
a quien acabas de llamar de este mundo;
dígnate llevarlo (llevarla)
al lugar del descanso, de la luz y de la paz,
para que, franqueadas victoriosamente

las puertas de la muerte,
habite con tus santos en el cielo,
en la luz que prometiste a Abrahán
y a su descendencia por siempre.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

La celebración prosigue como habitualmente, con la Liturgia de la Palabra.

Liturgia de la palabra

PRIMERA LECTURA

Los recibió como sacrificio de holocausto

Lectura del libro de la Sabiduría. 3, 1-9

La vida de los justos está en manos de Dios, y no los tocará el tormento. La gente insensata pensaba que morían, consideraba su tránsito como una desgracia, y su partida de entre nosotros como una destrucción; pero ellos están en paz.

La gente pensaba que cumplían una pena, pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad; sufrieron pequeños castigos, recibirán grandes favores, porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de sí; los probó como oro en crisol, los recibió como sacrificio de holocausto; a la hora de la cuenta resplandecerán como chispas que prenden por un cañaveral; gobernarán naciones, someterán pueblos, y el Señor reinará sobre ellos eternamente.

Los que confían en el comprenderán la verdad, los fieles a su amor seguirán a su lado; porque quiere a sus devotos, se apiada de ellos y mira por sus elegidos.

Palabra de Dios.

O bien, en Tiempo Pascual:

Dichosos los muertos que mueren en el Señor

Lectura del libro del Apocalipsis 14, 13

Yo, Juan, oí una voz que decía desde el cielo:
—«Escribe: ¡Dichosos ya los muertos que mueren en el Señor! Si (dice el Espíritu), que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan.»

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Sal 26, 1bcde. 7-8. 9abcd. 13-14 (R.: 1a)

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

V. El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quien temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quien me hará temblar? **R.**

V. Escúchame, Señor,
que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Oigo en mi corazón:
«Buscad mi rostro».
Tu rostro buscare, Señor. **R.**

V. No me escondas tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches. **R.**

V. Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, se valiente,

ten ánimo, espera en el Señor. **R.**

SEGUNDA LECTURA
(si se ve conveniente)

Veremos a Dios tal cual es

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-2

Queridos hermanos:

Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él.

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aun no se ha manifestado lo que seremos.

Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a el, porque lo veremos tal cual es.

Palabra de Dios.

ALELUYA O VERSÍCULO ANTES DEL EVANGELIO

Jn 6, 39

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Esta es la voluntad de mi Padre:
que no pierda nada de lo que me dio,
sino que lo resucite en el último día
—dice el Señor—. **R.**

EVANGELIO

El que cree en el Hijo tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día

+ Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 37-40

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente:

—«Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echare afuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.

Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día.

Ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitare en el último día.»

Palabra del Señor.

Después de la homilía, se hace, como habitualmente la oración universal, con el siguiente formulario u otro parecido:

Oremos con fe a Dios Padre, para quien toda criatura vive, y pidámosle que escuche nuestra oración.

— Para que perdone los pecados de su siervo (sierva) **N.** y acepte sus buenas obras. Roguemos al Señor.

— Para que lo (la) libre de toda pena merecida por sus culpas y pueda participar ya en el descanso eterno. Roguemos al Señor.

— Para que, dejado ya este primer mundo, goce eternamente en el paraíso. Roguemos al Señor.

— Para que a nosotros el Espíritu Santo nos lleve por las sendas de la fe y nos dé la esperanza firme de alcanzar, junto a nuestro hermano (nuestra hermana), el reino eterno. Roguemos al Señor.

Si en las exequias se celebra la misa, la oración universal concluye con la siguiente colecta:

Señor Dios, que has querido
que nuestro hermano (nuestra hermana) **N.**,
a través de la muerte,
fuera configurado (configurada) a Cristo,
que por nosotros murió en la cruz,
escucha nuestra oración
y dignate dar parte en la Pascua renovadora de tu Hijo
al (a la) que, mientras vivía en la tierra,
fue marcado (marcada) con el sello del Espíritu Santo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

La misa prosigue como habitualmente, hasta la oración después de la comunión.

Si las exequias se celebran sin misa, la oración universal concluye con la siguiente fórmula:

Terminemos nuestra oración con la plegaria que nos enseñó el mismo Jesucristo, pidiendo que se haga siempre la voluntad del Señor: Padre nuestro.

3. Último adiós al cuerpo del difunto

Dicha la oración después de la comunión y omitida la bendición, o, si no se ha celebrado la misa, acabada la oración de los fieles, se procede al rito del último adiós al cuerpo del difunto. El que preside, colocado cerca del féretro, se dirige a los fieles con las siguientes palabras u otras parecidas:

Ya que Dios ha querido llamar a sí de este mundo a nuestro hermano (nuestra hermana), ahora sus familiares van a llevar su cuerpo al cementerio y lo depositarán en el sepulcro, para que vuelva a la tierra de la que fue sacado. Pero, porque creemos que Cristo resucitó como primogénito de entre los muertos, por ello confiamos que él transformará también este cuerpo ahora humillado y lo hará semejante a su cuerpo glorioso. Con esta esperanza, encomendamos, pues, a Dios a nuestro hermano (nuestra hermana), para que lo (la) admita en la paz de su reino y lo (la) resucite en el último día.

Todos oran unos momentos en silencio.

Luego, el que preside continúa, diciendo:

Nuestro hermano (nuestra hermana), que, por el bautismo, fue ya incorporado (incorporada) a la muerte de Cristo simbólicamente, ahora ha experimentado la muerte incluso en su realidad visible. Pero el bautismo lo(la) unió no solo a la muerte de Jesús, sino también a su resurrección. Evocar, pues, en este momento, su bautismo, rociando su cadáver, es poner un signo de esperanza de que este cuerpo, ahora sin vida, resucitará un día como el de Jesús.

Después, el que preside da la vuelta alrededor del féretro asperjándolo con agua bendita. Luego, pone incienso, lo bendice y da una segunda vuelta perfumando el cadáver con el incienso. Mientras tanto uno de los presentes puede recitar las siguientes invocaciones, a las que el pueblo responde: Señor, ten piedad, o bien: Kýrie, eléison.

Invocaciones

Que el Señor te acoja en el reino de la luz y de la paz.

R. Señor, ten piedad. (Kýrie, eléison).

Que él mismo sea tu premio y tu gloria.

R. Señor, ten piedad. (Kýrie, eléison).

Que junto a él vivas por los siglos de los siglos.

R. Señor, ten piedad. (Kýrie, eléison).

Después, el que preside añade la siguiente oración. Si se han hecho las invocaciones se omite la invitación Oremos.

[Oremos.]

Te pedimos, Señor, que tu siervo (sierva) **N.**,
que ha muerto ya para este mundo,
viva ahora para ti
y que tu amor misericordioso borre los pecados
que cometió por fragilidad humana.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

En este momento, uno de los familiares o amigos puede hacer una breve biografía del difunto y agradecer a los presentes su participación en las exequias.

Después, se recita el salmo 117, en el que se puede ir intercalando la antífona No he de morir, viviré.

Ant. No he de morir, viviré, por los siglos de los siglos.

Salmo 117, 1-20

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

Digan los que temen al Señor:
eterna es su misericordia.

En el peligro grité al Señor,
y me escuchó poniéndome a salvo.
El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.

Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.

Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;

me rodeaban como avispas,
ardiendo como fuego en las zarzas,
en el nombre del Señor los rechacé.

Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;
el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
"La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa".

No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

Abridme las puertas de la salvación,
y entraré para dar gracias al Señor.
Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.

Mientras se saca el cuerpo de la iglesia, se repite la antífona No he de morir, viviré.

Ant. No he de morir, viviré, por los siglos de los siglos.

Colocado el cuerpo en el coche fúnebre, el que preside añade:

Que el Señor abra las puertas de la salvación
a nuestro hermano (nuestra hermana),
para que, terminado el duro combate
de su vida mortal,
entre como vencedor (vencedora)
por las puertas de los justos
y en sus tiendas entone cantos de
victoria por los siglos de los siglos.
R. Amén.

Y a todos nosotros nos dé la certeza
de que no está muerto (muerta), sino que duerme,
de que no ha perdido la vida, sino que reposa,
porque ha sido llamado (llamada)
a la vida eterna por los siglos de los siglos.
R. Amén.

El que preside termina la celebración, diciendo:

V. Señor, + dale el descanso eterno.

R. Y brille sobre él (ella) la luz eterna.

V. Descanse en paz.

R. Amén.

V. Su alma y las almas de todos los fieles difuntos,

por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.

Se concluye el rito con la fórmula habitual de despedida.

V. Podéis ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.

FORMULARIO II

1. Recibimiento del difunto en el atrio de la iglesia

El ministro, junto a la puerta de la iglesia, saluda a los familiares del difunto con las siguientes palabras u otras parecidas:

Queridos familiares [y amigos]: En este momento de dolor en que os ha sumido la muerte de N., con quien habéis convivido largos años y a quien tanto amabais, la Iglesia os recibe y quiere reanimar y fortalecer vuestra esperanza. Confíad en Dios, que él os ayudará; esperad en él, y os allanará el camino.

A continuación, se introduce el cadáver en la iglesia y se pone ante el altar, colocando, si es posible, junto a él el cirio pascual. Situados los familiares del difunto en sus lugares, el ministro saluda a la asamblea, diciendo:

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Luego, se dirige a los fieles reunidos en la iglesia con las siguientes palabras u otras parecidas:

Hermanos: Nos hemos reunido hoy, en un momento especialmente triste y doloroso, en primer lugar para confesar, ante el cadáver de nuestro hermano (nuestra hermana) N., nuestra fe en que la vida no termina junto al sepulcro. Y también para rodear con nuestro afecto y con nuestra plegaria a unos amigos que están tristes por la muerte de aquel (aquella) a quien amaban. Y, finalmente, para pedir a Dios que perdone las culpas que, durante su vida, cometió nuestro hermano (nuestra hermana) que acaba de morir. Que el Señor escuche nuestras plegarias y se compadezca ante las lágrimas de los que lloran.

El que preside puede encender en este momento el cirio pascual, diciendo la siguiente fórmula:

Junto al cuerpo, ahora sin vida,
 de nuestro hermano (nuestra hermana) **N.**,
 encendemos, oh, Cristo Jesús, esta llama,
 símbolo de tu cuerpo glorioso y resucitado;
 que el resplandor de esta luz ilumine nuestras tinieblas
 y alumbre nuestro camino de esperanza,
 hasta que lleguemos a ti, oh, Claridad eterna,
 que vives y reinas, inmortal y glorioso,
 por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Luego, se reza la siguiente letanía por el difunto:

Tú, que liberaste a tu pueblo de la esclavitud de Egipto:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú, que abriste el mar Rojo ante los israelitas
 que caminaban hacia la libertad prometida:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú, que diste a tu pueblo
 posesión de una tierra que manaba leche y miel:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú, que quisiste que tu Hijo
 llevara a realidad la antigua Pascua de Israel:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú, que por la muerte de Jesús
 iluminas las tinieblas de nuestra muerte:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú, que en la resurrección de Jesucristo
 has inaugurado la vida nueva de los que han muerto:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú, que en la ascensión de Jesucristo
 has querido que tu pueblo vislumbrara su entrada

en la tierra de promisión definitiva:

R. Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

En lugar de las letanías precedentes, puede leerse también el salmo 113 (p. 19), en el que el pueblo puede ir intercalando la antífona Dichosos los que mueren en el Señor.

Ant. Dichosos los que mueren en el Señor.

Salmo 113, 1-8. 25-26

Cuando Israel salió de Egipto,
los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente,
Judá fue su santuario,
Israel fue su dominio.

El mar, al verlos, huyó,
el Jordán se echó atrás;
los montes saltaron como carneros;
las colinas, como corderos.

¿Qué te pasa, mar, que huyes,
y a ti, Jordán, que te echas atrás?
¿Y a vosotros, montes, que saltáis como carneros;
colinas, que saltáis como corderos?

En presencia del Señor se estremece la tierra,
en presencia del Dios de Jacob;
que transforma las peñas en estanques,
el pedernal en manantiales de agua.

Los muertos ya no alaban al Señor,
ni los que bajan al silencio.
Nosotros, sí, bendeciremos al Señor
ahora y por siempre.

Ant. Dichosos los que mueren en el Señor.

2. Misa exequial o liturgia de la Palabra

Terminadas las letanías, o el salmo 113, y, si se celebra la misa, omitido el acto penitencial y el Señor, ten piedad, se dice la oración colecta:

Oremos.

Oh, Dios,
siempre dispuesto a la misericordia y al perdón,
escucha nuestras súplicas por tu siervo (sierva) **N.**;
a quien has llamado hoy a tu presencia,
y, porque en ti creyó y esperó,
condúcelo (condúcela) a la patria verdadera
para que goce contigo de las alegrías eternas.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

O bien:

Oremos.

No seas severo en tu juicio, Señor,
con este siervo tuyo (esta sierva tuya),
que acaba de salir de este mundo,
pues ningún hombre es inocente frente a ti,
si tú mismo no perdonas sus culpas;
te pedimos, pues, que escuches las súplicas de tu Iglesia
y le concedas un lugar entre tus santos y elegidos,
pues en esta vida ya estuvo marcado (marcada)
con el sello de la Santa Trinidad.
Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

La celebración prosigue, como habitualmente, con la liturgia de la Palabra.

Liturgia de la palabra

PRIMERA LECTURA

El Señor aniquilará la muerte para siempre

Lectura del libro de Isaías. 25, 6-10a

En aquel día, preparará el Señor del universo para todos los pueblos,
en este monte, un festín de manjares succulentos,
un festín de vinos de solera;
manjares exquisitos, vinos refinados.
Y arrancará en este monte
el velo que cubre a todos los pueblos,
el lienzo extendido sobre todas las naciones.
Aniquilará la muerte para siempre.
Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros,
y alejará del país el oprobio de su pueblo
—lo ha dicho el Señor—.
Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios.
Esperábamos en él y nos ha salvado.
Este es el Señor en quien esperamos.
Celebremos y gocemos con su salvación,
porque reposará sobre este monte la mano del Señor».

Palabra de Dios.

O bien, en Tiempo Pascual:

Ya no habrá muerte

Lectura del libro del Apocalipsis. 21,1-7

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe.
Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo.
Y oí una gran voz desde el trono que decía:

«He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el “Dios con ellos” será su Dios».

Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido.

Y dijo el que está sentado en el trono:

«Mira, hago nuevas todas las cosas».

Y dijo:

«Escribe: estas palabras son fieles y verdaderas».

Y me dijo: «Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin.

Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente.

El vencedor heredará esto: yo seré Dios para él, y él será para mí hijo».

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Sal 102, 1b-2. 3-4. 6-7. 8 y 11 (R.: 8a)

R. El Señor es compasivo y misericordioso.

V. Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.

Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. **R.**

V. Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura. **R.**

V. El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel. **R.**

V. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que lo temen. **R.**

SEGUNDA LECTURA
(si se ve conveniente)

Estaremos siempre con el Señor

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses.

1 Tes 4,13-18

Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza.

Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual modo Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto.

Esto es lo que os decimos apoyados en la palabra del Señor: nosotros, los que quedemos hasta la venida del Señor, no precederemos a los que hayan muerto; pues el mismo Señor, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar; después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos llevados con ellos entre nubes al encuentro del Señor, por los aires.

Y así estaremos siempre con el Señor.

Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

Palabra de Dios.

ALELUYA O VERSÍCULO ANTES DEL EVANGELIO

Cf. 2 Tim 2 ,11-12a

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Si morimos con Cristo, viviremos con él;
si perseveramos, reinaremos con él. **R.**

EVANGELIO

Yo soy la resurrección y la vida

+ Lectura del santo Evangelio según san Juan. 11,17-27

En aquel tiempo, cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos quince estadios; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano.

Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús:

«Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá».

Jesús le dijo:

«Tu hermano resucitará».

Marta respondió:

«Sé que resucitará en la resurrección en el último día».

Jesús le dijo:

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

Ella le contestó:

«Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

Palabra del Señor.

Después de la homilía, se hace la oración universal con el siguiente formulario u otro parecido:

Oremos a Dios, Padre de todos, por nuestro hermano difunto (nuestra hermana difunta) y pidámosle que escuche nuestra oración.

— Para que el Señor, que se compadece de toda criatura, purifique con su misericordia y conceda los gozos del paraíso a nuestro hermano (nuestra hermana) **N**. Roguemos al Señor.

— Para que el Señor, que lo (la) creó de la nada y lo (la) honró haciéndolo (haciéndola) imagen de su Hijo, le devuelva en el reino eterno la primitiva hermosura del hombre. Roguemos al Señor.

— Para que le conceda el descanso eterno y lo (la) haga gozar en la asamblea de los santos. Roguemos al Señor.

— Para que el Señor, consuelo de los que lloran y fuerza de los que se sienten abatidos, alivie la tristeza de los que lo (la) lloran y les conceda encontrarlo (encontrarla) nuevamente en el reino de Dios. Roguemos al Señor.

Si en las exequias se celebra la misa, la oración universal concluye con la siguiente colecta:

Señor, que nuestra oración suplicante
sirva de provecho a tu hijo (hija) N.,

para que, libre de todo pecado,
participe ya de tu redención.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

La misa prosigue como habitualmente, hasta la oración después de la comunión.

Si las exequias se celebran sin misa, la oración universal concluye con la siguiente fórmula:

Terminemos nuestra oración con la plegaria que nos enseñó el mismo Jesucristo, pidiendo que se haga siempre la voluntad del Señor: Padre nuestro.

3. Último adiós al cuerpo del difunto

Dicha la oración después de la comunión y omitida la bendición o, si no se ha celebrado la misa, acabada la oración de los fieles, se procede al rito del último adiós al cuerpo del difunto. El que preside, colocado cerca del féretro, se dirige a los fieles con las siguientes palabras u otras parecidas:

Dentro de breves momentos, al llegar al cementerio, los familiares y amigos de nuestro hermano (nuestra hermana) cumplirán cristianamente con el deber de dar sepultura a su cuerpo; pidamos, pues, en este momento, a Dios, para quien toda criatura vive, que admita su alma en

la asamblea de los santos; que este cuerpo, que hoy será enterrado en debilidad, el Señor lo resucite, lleno de vigor y de gloria, en el último día. Que Dios escuche nuestras súplicas y, en el momento del juicio, use con él(ella) de misericordia, para que, libre de la muerte, absuelto (absuelta) de sus culpas, reconciliado (reconciliada) con el Padre, llevado (llevada) sobre los hombros del Buen Pastor y agregado (agregada) al séquito del Rey eterno, disfrute para siempre de la gloria eterna y de la compañía de los santos.

Todos oran unos momentos en silencio.

Luego, el que preside continúa, diciendo:

El agua que vamos a derramar ahora sobre el cuerpo de este hermano nuestro (esta hermana nuestra) nos recuerda que en el bautismo fue hecho (hecha) miembro del cuerpo de Jesucristo, que murió y fue sepultado, pero que con su gloriosa resurrección venció la muerte. [El incienso con que perfumaremos luego su cadáver nos traerá a la memoria que lo que ahora solo es su cuerpo fue templo del Espíritu y está llamados a ser, por la resurrección, piedra viva del templo de la Jerusalén celestial].

Después, el que preside da la vuelta alrededor del féretro aspergiéndolo con agua bendita. Luego, pone incienso, lo bendice y da una segunda vuelta perfumando el cadáver con incienso. Mientras tanto, uno de los presentes puede recitar las siguientes invocaciones, a las que el pueblo responde: Señor, ten piedad, o bien: Kyrie, eléison.

Que el Padre, que te invitó
a comer la carne inmaculada de su Hijo,
te admita ahora en la mesa de su reino.

R. Señor, ten piedad (Kyrie, eléison).

Que Cristo, vid verdadera,
en quien fuiste injertado (injertada) por el bautismo,
te haga participar ahora de su vida gloriosa.

R. Señor, ten piedad (Kyrie, eléison).

Que el Espíritu de Dios,
con cuyo fuego ardiente fuiste madurado (madurada),

revista tu cuerpo de inmortalidad.

R. Señor, ten piedad (Kyrie, eléison).

Después, el que preside añade la siguiente oración. Si se han hecho las invocaciones se omite la invitación Oremos.

[Oremos.]

Señor Jesucristo, redentor del género humano,
te pedimos que des entrada en tu paraíso
a nuestro hermano (nuestra hermana) **N.**,
que acaba de cerrar sus ojos a la luz de este mundo
y los ha abierto para contemplarte a ti, Luz verdadera;
líbralo (líbrala), Señor, de la oscuridad de la muerte
y haz que contigo goce en el festín de las bodas eternas;
que se alegre en tu reino, su verdadera patria,
donde no hay ni tristeza ni muerte,
donde todo es vida y alegría sin fin,
y contemple tu rostro glorioso
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

En este momento, uno de los familiares o amigos puede hacer una breve biografía del difunto y agradecer a los presentes su participación en las exequias.

Después, se recita el salmo 117, en el que se puede ir intercalando la antífona Esta es la puerta del Señor.

Ant. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella.

Sal 117, 1-20

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

Digan los que temen al Señor:

eterna es su misericordia.

En el peligro grité al Señor,
y el Señor me escuchó, poniéndome a salvo.
El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.

Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.

Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban como avispas,
ardiendo como fuego en las zarzas;
en el nombre del Señor los rechacé.

Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;
el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa».

No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

Abridme las puertas de la salvación,
y entraré para dar gracias al Señor.
Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.

Mientras se saca el cuerpo de la iglesia, se repite la antífona Esta es la puerta del Señor.

Ant. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella.

Colocado el cuerpo en el coche fúnebre, el que preside añade:

Que el Señor abra las puertas de la salvación
a nuestro hermano (nuestra hermana),
para que, terminado el duro combate
de su vida mortal,
entre como vencedor (vencedora)
por las puertas de los justos
y en sus tiendas entone cantos de victoria
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Y a todos nosotros nos dé la certeza
de que no está muerto (muerta), sino que duerme,
de que no ha perdido la vida, sino que reposa,
porque ha sido llamado (llamada)
a la vida eterna por los siglos de los siglos.

R. Amén.

El que preside termina la celebración, diciendo:

Señor, + dale el descanso eterno.

R. Y brille sobre él (ella) la luz eterna.

Descanse en paz.

R. Amén.

Su alma y las almas de todos los fieles difuntos,
por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.

Se concluye el rito con la fórmula habitual de despedida.

Podéis ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.